



1901-

# Luto Irreal

● Luis Sánchez Latorre

Premio Nacional de Periodismo 1983

**H**OY se ha muerto Esmeralda. Se quedó viudo el Angel de la Guarda... Estos versos de Oscar Castro llegaron volando a mi cabeza cuando en el obituario del domingo descubrí, yacente, con una cruz arriba, el nombre civil de la Papina Grande. ¿Que quién fué la Papina Grande? La esposa de Homero Bascuñán. Y Homero Bascuñán, ¿quién? El autor de un libro bellísimo y altamente necesario en una época de tantos libros innecesarios —época en que en su mayor parte los libros se escriben “de vicio” o por simple “mionería” egolátrica—, que de las históricas prensas de Nascimento salió, en 1976, como “De los días perdidos”. Por supuesto, Homero Bascuñán, o Humberto Cortés en la vida civil, ha sido en sus ochenta y cinco años de existencia más, mucho más, que el autor de un hermoso libro útil. Hombre por completo de Tamaya, su tierra de nación, a la que no volvió nunca sino en sueños; de Iquique, ciudad en la que murió su madre, y especialmente hombre de la pampa del salitre, en cuyas noches lejanas, oteando las estrellas, se inició en los misterios herméticos de la búsqueda de Dios, Homero Bascuñán, de oficio en oficio, no dejó nunca el amado ejercicio de la palabra.

Amén de sus maestros orientales, Aurobindo, el Yogi Ramacharaka, Jalil Gibran, halló la decantación de su espíritu en la honda fantasía crítica del florentino Giovanni Papini. Los compañeros de trabajo de su primera juventud, que no habían oido hablar jamás del extraordinario ironista de “Gog”, dieron en llamar “Papini” a ese fervoroso devorador de volúmenes impresos, “papinizando” también para siempre a su mujer. Así, Ho-



mero Bascuñán no dijo más Laura, por muy petrarquiano que fuera el nombre, al referirse a su mujer, sino que la designó “Papina”, como sus compañeros de faena la bautizaron. Y cuando vino al mundo la primera hija —también Laura—, ésta pasó a ser como su madre, sólo que “Chica”, aunque en estatura llegara a superpasarla por varios jemes.

En aquellos años aurorales de su casita en la calle Victorino Laynez, todo el que andaba atormentado por algún “¡Ay misero de mí! ... ¡Ay infeliz!”, así el “infeliz” exhibiera el nombre de Nicomedes Guzmán, de Luis González Zenteno o de Julio Moncada, había de apelar inevitablemente a la sabiduría superior de Homero Bascuñán. Otorgándonos, generoso, una cuota de “prana”, sus consejos ostentaban la virtud inmediata de sacarnos de apuros. Ni Oscar Castro, el poeta luminoso de Rancagua, escapaba de la tentación de oír, ver y sentir a Homero Bascuñán. Por algo “Los Inútiles”, de Rancagua, armaron caballero de sus mesnadas a este corpulento coadjutor de lances conciliares.

Era lógico, entonces, que al registrar allí, estampada, la noticia de la muerte de Laura Rosa Ormos de Cortés, pensara yo en la muerte de Esmeralda y en la brusca y dolorosa vindez del Angel de la Guarda.

No sólo de pan vive el hombre. Me veo otra vez, envuelto en la atmósfera de mi adolescencia, sometiendo al olido estricto de Bascuñán la lectura de poemas y relatos bisoños. De pronto, la imagen fugitiva, huidiza, tímida, de Esmeralda en camisón de dormir. Toda una señal para poner término a la tertulia que se había prolongado por horas.

Al devolver a la tierra a la “Papina Grande”, el domingo recién pasado, nos estremeció de nuevo la obsesión de Segismundo. ¿Era un sueño su muerte, o había sido un sueño su vida?

## Luto irreal [artículo] Luis Sánchez Latorre.

**AUTORÍA**

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1986

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Luto irreal [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)